1664

Candidez y Travesura

Moran

24

CANDIDEZ Y TRAVESURA.

ZARZUELA EN UN ACTO, ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. JERONIMO MORAN,

MÚSICA DE

D. JAVIER GAZTAMBIDE.

ESTRENADA CON MUY BUEN ÉXITO EN EL TEATRO-CIRCO DE MADRID EL 15 DE JULIO DE 1872.

MADRID:—1872.
IMPRENTA DE D. PEDRO MONTERO,
Plazuela del Carmen, 5.

PERSONAJES.	*ACTORES.*
DANIEL.	D. Ricardo Zamacois.
D. ANSELMO.	D. Fernando Gimenez.
JULIA.	D.ª Josefina Alvarez.
PAULINA.	D.ª Carolina Gonzalez.
D.ª NEMESIA.	D.ª Dolores Custodio.
CRIADOS, que no hablan.	

La accion en una quinta cerca de Alcalá, año de 183.... (1).

Esta obra es propiedad del autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria del Sr. de Lima son los exclusivamcnte encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Tiene hecho el depósito que marca la ley.

(1) En Madrid se ha vestido del dia.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa el piso bajo de un pabellon, con puerta en el fondo y otra á la izquierda: al mismo lado un canapé; ventana á la derecha. Al lado de la puerta de entrada dos armarios, uno de libreria; sillones, mesas, etc..

ESCENA PRIMERA.

PAULINA, *poco despues* JULIA.

Al levantarse el telon, y despues de un preludio, aparece Paulina por la puerta del fondo, trayendo un lio de ropa, que deposita sobre una silla.

(*Música.*)

PAULINA. Todo el mundo aquí duerme;
nadie me ha visto:
llamaremos á Julia
pues no hay peligro. (*Llamando á la puerta de la izquierda.*)
Sal, prima mia.
(*Julia aparece vestida de oficial, con gorra de cuartel.*)

JULIA. ¡Presente!... De esperarte
ya me aburria.
Antes de que charlemos,
venga un abrazo.

PAULINA. ¡Jesús!... ¡Con uniforme!... (*Espantándose.*
no hay que pensarlo.

JULIA. ¡Vaya un estorbo!
¿No ves que soy cordero
con piel de lobo? (*Se abrazan.*)
Por lo visto, tú sigues

671566

con tu manía:
siempre tan timorata—
¡Pobre Paulina!

PAULINA. ¿Y tú tan loca?

JULIA. He variado.

PAULINA. ¿Qué dices?

JULIA. Soy más ahora.

—

Alegre como nunca,
resuelta y aturdida,
procuro de la vida
las penas distraer;
y eso es lo que todas
debemos hacer.

PAULINA. ¡Qué dices, mujer!

JULIA. Eso es lo que todas
debemos hacer.

PAULINA. Repara que se ofende
el cielo soberano
con ese tan mundano
ligero proceder.

JULIA. ¡Qué dices, mujer!...
¿Con esas ideas,
de tí qué va á ser? (1)

—

Si cual yo vivieras,
si alguna vez fueras
á un baile, al teatro,
á tal cual reunion,
te afirmo, querida,
que en breve otra vida
pidiérate ansioso
tu leal corazon.

—

Allí el alma se dilata!
vive más el alma allí!
vuela libre el pensamiento,
sube al rostro, que retrata
euánto el alma allí es feliz!
Allí el alma se dilata!
vive más el álma allí!

---

(1) Los quince siguientes versos son del autor de la música.

PAULINA. (*Declamado.*) Sí, sí; ya se conoce que sigues teniendo la cabeza á las once. Yo, que te creia en Alcalá, tan tranquila, al lado de tu padre, juzga de mi sorpresa cuando anoche te ví llegar sola, con ese disfraz, pidiéndome un asilo misterioso. Ea! ya es tiempo de que me lo reveles todo.

JÚLIA. He sido robada; hé aquí todos los misterios.

PAULINA. ¿Robada? ¡Dios mio!... ¿Por los ladrones?

JULIA. Por don Félix de Mendoza, oficial de la guarnicion de Alcalá, que hacia tiempo andaba tras de mí bebiendo los vientos.

PAULINA. ¡Jesús!

JULIA. El sabia que á pesar de corresponder yo á su amor, jamás habia de consentir en dar un paso que tanto ha de disgustar á mi padre. Aprovechando la ausencia de éste, que fué á Madrid hace pocos dias, y accediendo á las instancias de mis primos, asistí anoche á un baile, al que debia concurrir mi don Félix. Yo me habia propuesto embromarle, y al efecto me disfracé con este uniforme, que me proporcionó la hermana de un cadete de su regimiento.

PAULINA. ¡Locura mayor!

JULIA. Apenas entró en el baile, cuando hé aquí que me encuentro cara á cara con mi oficial. Yo tan simple y tan satisfecha, fuí persiguiéndole con mis bromas hasta el jardin, donde de improviso me sorprenden dos enmascarados, apagan mis gritos y me colocan en una silla de posta, que parte como el viento; mas yo, aprovechando nna parada en estas cercanías, logro escurrirme y volar á esta quinta, donde mi querida Paulina me ha proporcionado un refugio. (*Abrazándola.*)

PAULINA. ¡Jesús, Jesús!... ¡Eso parece una novela! ¿Pero qué vamos é hacer ahora?

JULIA. Eso es lo que yo digo. Papá volverá mañana de Madrid, y si nó me encuentra en casa, si mi aventura llega á propagarse...

PAULINA. ¿Pero no has encontrado un medio de evitarlo?

JULIA. Uno tan solo. ¿No está en la quinta tu hermano Juanito?

PAULINA. Ha ido á Madrid á despedirse de la familia.

JULIA. ¡A despedirse!

PAULINA. Sí; para un viaje que va á hacer á Francia en compañía de un jóven austero que estamos esperando.

JULIA. Entiendo: lo que se llama un mentor. Hé aquí precisamente lo que á mí me hace falta. Confiarse á los criados no me parece lo más prudente.

PAULINA. Ahora quítate ese traje, que no puedo menos de mirar con sobresalto. Mira, aquí tienes uno mio. (*Dándola el lio*)

JULIA. ¿Y no te ha ocurrido traerme más que esto?

PAULINA. ¿Pues qué más necesitas?

JULIA. ¡Desayunarme! Tengo un apetito voraz.

PAULINA. Corriente: yo procuraré... Pero se me figura que oigo hablar por allá afuera. (*Yendo hácia el foro.*)

JULIA. Sí, sí; alguien se aproxima.

PAULINA. ¡Mamá y papá!... ¡Qué contratiempo, antojárseles venir ahora, cuando nunca parecen por este pabellon!

JULIA. Serenidad sobre todo. Had como que buscas algun libro en esos estantes.

PAULINA. ¡Mentir!... (*Dirigiéndose á un armario.*) ¡Disimular!

JULIA. Adios... y no olvides mi almuerzo. (*Entra en el gabinete llevándose el lio de ropa.*)

ESCENA II

PAULINA, DOÑA NEMESIA, DON ANSELMO.

ANSELMO. Vuelvo á decirte que yo lo quiero así.

NEMESIA. Y yo te repito que no tiene sentido comun. ¡Vaya un albergue decente para un forastero!

ANSELMO. Mucho que sí: esta tranquila soledad, verdadera morada de un sábio, con su escogida biblioteca... ¡Mas calla!... ¡Paulina!

NEMESIA. Niña, ¿qué te se ha perdido por aquí?

PAULINA. Mamá, buscaba un libro.

ANSELMO. Acércate, hija mia: de seguro que vas á ser de mi opinion.

NEMESIA. No es necesario. ¿Te empeñas en que ocupe este pabellon? pues corriente, y está dicho todo.

PAULINA. (¡Ay, Dios mio!) ¿Quién va á habitar en este pabellon?

ANSELMO. El jóven preceptor que acompañará en sus viajes á tu hermano.

PAULINA. ¿Pero cuándo debe llegar?

ANSELMO. A más tardar, dentro de un par de dias.

PAULINA. (¡Respiro!) Pues yo no encuentro tan descabellado que se le coloque en este sitio.

ANSELMO. ¿Lo oyes, Nemesia? Es preciso que te convenzas y que no vuelvas á hacerme la oposicion.

NEMESIA. Ya: ¡si no fueses tan testarudo y tan preocupado!

ANSELMO. Vuelta con la preocupacion! Y todo es porque destino para compañero de viaje de nuestro hijo á un jóven circunspecto, que ha hecho sus estudios nada menos que con los padres jesuitas.

PAULINA. ¡Ay! en eso papá tiene tambien mucha razon.

NEMESIA. ¿Lo oyes? Así infundes á Paulina esas ideas de retraimiento.

PAULINA. Pero mamá, si son esas mis inclinaciones.

ANSELMO. ¿Pues no lo estás viendo en su rostro? Mírala bien, el mismo candor! Y cuando me acuerdo que ha servido de modelo para el cuadro que se colocó el año pasado en una iglesia de Madrid!...

NEMESIA. Santo y muy bueno; pero lo que yo sostengo es que las jóvenes se forman...

ANSELMO. Vamos á ver... ¿para qué se forman las jóvenes?

NEMESIA. Para casarse; para vivir en sociedad.—¿No te dejo yo dirigir á Juanito, y eso que le conduces bastante mal?

ANSELMO. ¿Volvemos á las andadas?

NEMESIA. Tú no conoces á ese preceptor, y si resulta ser luego un hipócrita...

ANSELMO. ¿Quién? ¡Daniel!... ¡el hijo de mi amigo Llorente! No blasfemes, Nemesia! Conque, he dicho. A ver como arreglais esta pieza de un modo conveniente.

ESCENA III.

DOÑA NEMESIA, PAULINA.

NEMESIA. ¡Gracias á Dios que nos deja solas!... Tengo un secreto que confiarte.

PAULINA. ¡Un secreto!

NEMESIA. Estoy casi segura de que tú no has tenido hasta ahora ningunos amoríos... ¿Me habré equivocado?

PAULINA. No, mamá; (una mentira más; Dios me lo perdone).

NEMESIA. Pues bien; mi hermano el coronel y yo, hemos formado un plan con respecto á tí; tu tio te ha buscado un esposo en las filas de su regimiento, que se halla de guarnicion en Alcalá, y hoy mismo se presentará aquí disfrazado de estudiante el oficial que te destinamos para esposo.

PAULINA. ¡Vírgen santa!... ¡Pero si yo no le conozco!

NEMESIA. Tampoco yo; pero eso ¿qué importa? Tu tio me pondera su travesura, su talento. El novio no tiene hasta ahora más que el empleo de alférez; pero se puede aspirar á todo cuando uno se llama don Félix de Mendoza.
PAULINA. (¡Cielos! ¡el raptor de Julia!)
NEMESIA. Con que vamos, ¿qué piensas tú de este complot?
PAULINA. (¡Vaya un apuro!... No sé que responderla).

ESCENA IV.

LOS MISMOS *y* DON ANSELMO, *que llega corriendo.*

ANSELMO. ¡Aquí le tenemos!... ¡aquí le tenemos! Le he visto acercarse á lo lejos, y vengo volando á preveniros.
NEMESIA. ¿Pero quién es el que se acerca?
ANSELMO. El jóven Daniel, que por lo visto se ha anticipado. Le he reconocido por el traje, y porque tiene todo el corambovis de un sábio.
NEMESIA. ¡Es nuestro oficial! (*Ap. á su hija.*)
PAULINA. (¡Ah! yo me escurro!) (*Váse por el foro.*)
ANSELMO. ¡Qué significa esto!... ¿Por qué huye Paulina?
NEMESIA. ¿Qué me preguntas á mí?
ANSELMO. Es que... ¡cuidado con la recepcion que se hace á nuestro huésped!
NEMESIA. Se le recibirá como de casa.
ANSELMO. *Ecolo qua.*

ESCENA V.

DICHOS, DANIEL, *que se presenta con traje de estudiante.*

DANIEL. (*Parado en el dintel de la puerta y descubriéndose.*)
(*Música.*) Dios sea en esta casa,
y vierta aquí sin tasa
el pródigo maná.
ANSELMO. ¡Qué gusto! ¡qué contento!
de un sábio es ese acento:
venid, venid acá. (*Corriendo á abrazarle.*)
DANIEL. Papá os manda un abrazo.
NEMESIA. (¡Qué bien le tiende el lazo!)
ANSELMO. Pues otro por papá. (*Volviendo á abrazarle*).
DANIEL. Mi buen presentimiento,
con tal recibimiento,
señor, se cumple ya.

NEMESIA. (¡El mozo es un portento!
con ese humilde acento
¿á quién no engañará?)
ANSELMO. (¡Qué porte! ¡qué talento!
el mozo es un portento!)
Venid, venid acá. (*A Daniel.*)
DANIEL. Mi señor padre
bien lo decia;
vas á ser otro
de la familia.
NEMESIA. (¡Vaya una pulla
bien dirigida!)
ANSELMO. ¡Pobre Llorente,
cuánto me estima!
es un modelo
de amistad fina.
DANIEL. De mi padre los mandatos
siempre dócil reverencio;
dijo: «marcha», y en silencio
yo salí sin replicar;
y este albergue hospitalario
con bondad me ha recibido,
como á esquife combatido
por la negra tempestad.
ANSELMO. (¿Qué tal, qué tal, qué tal?
¡cómo se esplica el colegial!)
NEMESIA. (¿Qué tal, qué tal, qué tal?
¡cómo se esplica el oficial!)
(*Terceto.*
DANIEL. Este albergue hospitalario
con bondad me ha recibido,
como á esquife combatido
por la negra tempestad.
ANSELMO. Este albergue solitairo
con placer ha recibido
al Mentor apetecido
que á Juanito educará,
NEMESIA. Este albergue solitario
con placer ha recibido
al que, pese á mi marido,
de Paulina lo será.

(*Declamado.*)

ANSELMO. Sea mil veces bien venido el digno retoño de los Llorentes. Por aquí no contábamos con usted en un par de dias.

NEMESIA. (Oigamos cómo sale del paso).
DANIEL. Así estaba convenido; pero como se han terminado antes de lo que se pensaba los preparativos del viaje...
ANSELMO. Ya, ya conozco el génio impaciente de mi amigo.
DANIEL. Y como se trata de una obra que puede ser acepta á los ojos del Señor...
NEMESIA. (¡Nadie le tomará por un oficial!)—De cualquier modo, siempre será usted bien recibido en esta casa. (*Con marcada intencion.*)
DANIEL. Señora... (*Con cortedad.*)
ANSELMO. Mi cara mitad! á quien tengo el honor de presentar á usted.
NEMESIA. (¡El taimado... cómo baja los ojos!)
DANIEL. (¡Qué miradas las de esta mujer!)
ANSELMO. ¿Y cómo queda mi amigo Llorente?
DANIEL. Con buena salud, espiritual y corporal.
ANSELMO. Parece que no le satisface gran cosa el estado que se halla usted dispuesto á abrazar.
DANIEL. Mi padre es un hombre excelente; pero se empeña en contrariar mi vocacion.
NEMESIA. ¡Desempeña usted su papel á las mil maravilas! (*Ap. á Daniel.*)
DANIEL. (¡Qué me quiere decir esta señora!)
ANSELMO. Ya hablaremos de todo eso más despacio: por el pronto bueno es que piense usted en descansar. Juanito se encuentra todavía en Madrid, y hasta que vuelva habitará usted esta mansion tranquila y solitaria. Aquí tiene usted su librería: á este otro lado su pieza de dormir.
NEMESIA. Y nuestra hija cuidará de que nada falte á usted.
DANIEL. ¡Ah!... ¿Tienen ustedes una hija?
ANSELMO. Una jóven completa, que me permitirá usted presentarle.
NEMESIA. Acepte usted desde luego. (*Ap. á Daniel.*)
DANIEL. No, señor, no; la mujer es el tropiezo del sábio. (*A don Anselmo despues de mirarla.*)
NEMESIA. (¡Diantre! ¡si es hábil el oficialito!)
ANSELMO. ¡Pues no es nada hasta dónde lleva usted sus escrúpulos!—Amiguito, nosotros acostumbramos á almorzar á esta hora, con que sírvase usted acompañarnos. Tengo un Jerez capaz de hacer resucitar á un muerto.
DANIEL. Dispénseme usted si no puedo aceptar ese convite.
ANSELMO. Pero hablemos claro: ¿es que no tiene usted apetito?...

DANIEL. Todo al contrario: me encuentro como los hebreos en el desierto antes de que Dios les enviára el maná.

NEMESIA. (Seguiremos la broma.) Este jóven quiere hacer penitencia.

DANIEL. No tanto: prefiero que se me sirva aquí una lijera colacion.

ANSELMO. Sea, pues. Vamos. Nemesia; tú darás las órdenes convenientes. (*Yendo hácia el foro.*)

NEMESIA. Vamos. (*Ap. á Daniel al tiempo de marcharse.*) Le encuentro á usted delicioso! Volveré cuando mi marido no pueda estorbarnos.

ESCENA VI.

DANIEL. ¡Hé aquí el mundo!... Apenas entro en esta Babilonia, cuando empiezan á asaltarme las tentaciones. La gula y la concuspicencia. «¡Le encuentro á usted delicioso!» y despues de esto: «Volveré cuando mi marido no pueda estorbarnos»... ¡Qué abominacion! ¿Dónde encontrar amparo contra el lazo que me tiende Lucifer?... ¡Ven en mi ayuda, (*Sacando un retrato y contemplándole.*) sagrado talisman de mis castas delicias! Deja que recuerde cómo una vez arrodillado en el templo, al levantar mi frente prosternada, divisé un lienzo que acababa de colocarse en la capilla. Era el cuadro de una santa: un rayo de sol que atravesaba la nave hacia destacar aquella hermosa cabeza como circundada de una aureola celeste. Mis ojos quedaron absortos, y más tarde, despues de largas horas de contemplacion, yo, que afortunadamente he cultivado la pintura, reproduje con entusiasmo aquellos rasgos divinos. (*Contemplando el retrato.*) Esta imágen será en todas partes el escudo invulnerable de mi virtud. (*Entra un criado con el servicio de mesa.*) ¿Quién viene? (*Guardando el retrato.*) ¡Ah!... Es un fámulo con el desayuno. Busquemos, pues, un libro á fin de mezclar el alimento del espíritu con el del cuerpo. (*Se dirige á uno de los armarios y examina algunos libros, vuelto de espaldas al gabinete. El criado, despues de poner la mesa, se retira.*)

ESCENA VII.

DANIEL, JULIA, *saliendo con precaucion del gabinete.*

JULIA. Ya nada oigo: ¿si me habrá olvidado Paulina? ¡Ah, no!... Ya tengo aquí la mesa puesta! (*Se sienta á la mesa, dejando la gorra de cuartel sobre un sillon. Daniel deja caer un libro al suelo.*) ¿Quién anda ahí?... (¡Soy perdida!)

DANIEL. (¿Quién será este jóven que se apodera de mi desayuno?)

JULIA. (Por el traje, debe ser el preceptor de Juanito.)

DANIEL. ¿Tengo por ventura el honor de hablar al hijo de don Anselmo?

JULIA. No señor; soy... un amigo suyo... su primo. ¿Podré atreverme á rogar á usted que participe de mi desayuno?

DANIEL. (¡Su desayuno!) A pesar de ese uniforme, la fisonomía de usted me inspira confianza, y tomaré puesto á su lado con mucho gusto. (*Se sienta á la mesa.*) ¿Usted habrá venido á hacer una visita á sus parientes?

JULIA. Nada de eso: mi presencia en esta casa de campo es un secreto, que no tengo inconveniente en confiar á usted, si me asegura que no lo revelará á nadie.

DANIEL. Puede usted contar con mi discreccion.

JULIA. Ha de saber usted, en primer lugar, que anoche concurrí en Alcalá á un baile de máscaras...

DANIEL. ¡Oh!

JULIA. Donde se encontraba una jóven de quien estoy perdidameute enamorado.

DANIEL. ¡Ah!

JULIA. Pues bien, anoche mismo...

DANIEL. ¿Qué?

JULIA. La jóven de quien hablo ha sido robada en el baile...

DANIEL. ¿Y quién es el infame que ha osado?...

JULIA. Servidor de usted.

(Música.) (1)

DANIEL. ¿Qué escuché? (*Levantándose.*)

---

(1) A excepcion de los que llevan comillas, todos los versos de este duo son del autor de la música.

JULIA. ¿De qué se asusta?
DANIEL. ¡Libertino!!
JULIA. ¡Pues me gusta!... (*Extrañada.*)
DANIEL. ¡Yo partiendo el pan de Dios
con un hombre como vos!
JULIA. ¡Pero dígnese escucharme!...
DANIEL. ¡Compasion llega á inspirarme!
JULIA. Pues escúcheme y verá...
DANIEL. ¡Compasion me inspira ya!
Aún tan jóven...—¡Desdichado!—
revelando tal candor
en su rostro delicado,
y ya esclavo del amor!
JULIA. ¡Ni que fuérais misionero!
DANIEL. ¡Imposible considero
que os pudiera enloquecer
de tal modo una mujer!

—

JULIA. Eso es largo de contar. (*Levantándose.*)
Solamente yo os diré
que me tuve que ocultar,
y á mi amada abandoné.
Esta es la razon de hallarme
hoy de todos ignorado:
he podido aquí ocultarme,
pues mi prima me ha ayudado.
Ella es la única que sabe...
DANIEL. ¡Otra mujer!... Esto es grave!
¡Otra hija de Eva!... ¡cuidado!...
¡Huid el fruto vedado!
JULIA. ¿Qué decís, santo varon? (*Sonriendo.*
¡Si es mi prima!
DANIEL. ¡No os fieis! (*Acercándose á Julia*)
Siempre en guardia estar debeis
contra toda tentacion!

—

«¡Cuán grande fuera (*Cariñosamente.*)
»la dicha mia,
si en este dia
»vuestro candor,
»por mi eficacia
»rompiera el yugo
»de ese verdugo
»llamado amor!»
¡Creedme á mí! ¡creedme á mí!
(*Cogiéndola una mano.*

Si anhelais de la existencia
disfrutar tranquilamente,
si dichoso quereis ser,
es fuerza huir, es fuerza huir!...
—¡Nos lo dice la conciencia!—
evitar constantemente
todo trato con mujer.

—

(¡Es singular!...) (*Soltando de pronto la mano de Julia.*)

JULIA. (¡Hay mayor bobalicon!)

DANIEL. (¡No sé qué pasa por mí!...
¡Qué sensacion!...)

JULIA. (Lo voy á catequizar.)

—

No hablarán todos,
amigo mio,
con tal desvío
de la mujer!
Si esas ideas
poneis en práctica,
puede la táctica
daros que hacer!
¡Creedme á mí! ¡creedme á mí! (*Cogiendo á Daniel una mano.*)
Tal vez sea yo, en conciencia,
más que vos indiferente
con respecto á la mujer:
pero hay que ir, pero hay que ir,
tras su mágica influencia,
por la rápida pendiente
que nos hace recorrer.

—

(*Hablado con música.*)

DANIEL. «¡Soltad! (*Desprendiéndose bruscamente de Julia.*)
«(¿Qué temblor es este que se apodera de mí? ¿Qué
»vértigo extraño?... ¡Tal vez un aviso del cielo!...
»Este jóven me arrastra á pesar mio! Huyamos.)
(*Yendo hácia el foro.*)

JULIA. »¡Deteneos! (*Corriendo hácia él y sujetándole.*)

(*Cantado.*)

»Cuando vuestra voz severa (*Humilde.*)
»tal poder ejerce en mí,
»intentais de esa manera
»escapar, señor, de aquí?

(*Hablado con música.*)

DANIEL. »¡Qué oigo!... ¿Será posible que mis palabras?...
JULIA. »Siento que me han hecho un efecto maravilloso!
DANIEL. »¡Oh, dicha! (*Volviendo al proscenio.*)

(*Cantado.*)

»¡Venid; que ya en mis brazos,
»con amigables lazos
»os puedo estrechar yo! (*Yendo á abrazarla.*)
JULIA. »¡No, no, no! (*Desviándose.*)»

—

(¡Esto ya se pone sério!
¡malo va! ¡malo va!
Es preciso que el misterio
de una vez se aclare ya!)
DANIEL. (¡Yo no quepo en mí de gozo!
¡bueno va! ¡bueno va!...
¡Una alhaja es este mozo!
¡una alhaja es en verdad!)

—

«Pues que al fin de las tinieblas (*A Julia.*)
»empezais á salir ya,
»bien podeis en justo premio
»mis abrazos aceptar.
JULIA. »Aunque al fin vuestro consejo
»ya me empieza á iluminar,
»tan gran premio, todavía
»no merece mi humildad.»
(¡Esto ya se pone sério!
¡malo va! malo va!
Es preciso que el misterio
de una vez se acabe ya!)
DANIEL. (¡Yo no quepo en mí de gozo!
¡bueno va! ¡bueno va!
¡Una alhaja es este mozo!...
¡una alhaja es en verdad!)

(*Hablado.*)

JULIA. ¿Podria solicitar otra gracia en vez del abrazo?
DANIEL. Hable usted; mi deber es socorrer á los menesterosos.
JULIA. Necesito estar mañana en Alcalá, y... en fin, yo queria rogar á usted que me acompañase.
DANIEL. (¡Es particular!... ¡tiene tal hechizo su voz!)
JULIA. ¡Mi generoso protector! (*Tomándole un brazo familiarmente.*) le quedaré á usted tan obligado!...

Consiente usted, ¿no es verdad?

DANIEL. ¡Vade retro!... ¡jóven pecaminoso! Yo no sé qué especie de emocion!... Algo hay detrás de eso, que yo no alcanzo.

JULIA. ¿Me rechaza usted?... ¡qué crueldad!

DANIEL. Retírese usted; déjeme usted solo: necesito recoger mis ideas.

JULIA. (Decididamente gano á este sábio la partida. (*Entra en el gabinete.*)

ESCENA VIII.

DANIEL, *poco despues* DOÑA NEMESIA.

DANIEL. Procuremos estar alerta contra los ardides del diablo.—Aquí viene la mujer de don Anselmo.

NEMESIA. ¿Está usted solo?... tanto mejor: mi esposo acaba de salir; nada tenemos que temer. Ahora, para mayor seguridad, pnede usted cerrar esa puerta.

DANIEL. ¡Que yo cierre!...

NEMESIA. Cabalito; para que nadie pueda sorprendernos.

DANIEL. (¡Gran Dios, á qué pruebas me encuentro reservado!) (*Va á cerrar la puerta del foro.*)

NEMESIA. (¡Me va pareciendo algo encogido este oficial! Será preciso que yo tome la iniciativa en calidad de suegra futura.) Ahora, acérquese usted y tome asiento á mi lado.

DANIEL. Dispénseme usted... tanta familiaridad... Me parece que yo debo estar delante de usted en una actitud más respetuosa.

NEMESIA. Aquí no se trata de respeto; siéntese usted si no quiere que me enoje.

DANIEL. (¡Dios me dé fortaleza!) (*Se sienta sobre el borde del canapé.*

NEMESIA. Más cerca, amiguito; cualquiera diria que me tiene usted miedo!

DANIEL. ¡Miedo!... ¿por qué? (*Colocándose á su lado.*)

NEMESIA. En verdad, caballero, no responde usted á la idea que me habian hecho formar de su travesura. Me habian anunciado un jóven vivo, impresionable, y, para decirlo de una vez, un poco calavera.

DANIEL. Puede usted creer que me han calumniado.

NEMESIA. Por favor, nada de disimulo. Ya comprenderá usted que en nuestra mútua posicion...

DANIEL. ¡Mútua!...

NEMESIA. Es indispensable que nos pongamos de acuerdo para engañar á mi marido.

DANIEL. ¡Qué está usted diciendo! (*Levantándose.*) Ea! Concluyamos... ¡me horripila tanta liviandad!

NEMESIA. Eh! ¿Qué quiere decir esto?... Señor mio, ¿así falta usted al respeto que debo yo inspirarle?... ¡Esplíquese al momento!

DANIEL. ¿Quiere usted que hable?

NEMESIA. Lo exijo.

DANIEL. ¿Quiere usted que vaya publicando su proyecto?

NEMESIA. ¡El de ambos!

DANIEL. ¡Esto más!

NEMESIA. ¡Esplíquese, digo! (*Acercándose á él muy enojada.*)

DANIEL. ¡Lejos de mí! (*Retirándose hácia el fondo.*) ¡No me emponzoñe con su impuro aliento!

NEMESIA. No saldrá usted de aquí sin justificar su proceder. (*Al intentar ella detenerlo se queda con el manteo desprendido de los hombros de Daniel.*)

DANIEL. Esa prenda es buen testigo de mis angustias!— ¡Doña Nemesia! mi capa en sus manos es la capa de José!

(*Váse Daniel huyendo: ella arroja el manteo sobre el sillon donde está la gorra de cuartel.*)

ESCENA IX.

DOÑA NEMESIA, *despues* PAULINA.

NEMESIA. ¡Jesus, qué loco de atar!... ¡A mí me va á dar algo!... ¿Cómo ha de ser este hombre el enviado de mi hermano?... ¡Imposible!

PAULINA. ¡Es él, sí, no me cabe duda!... ¡qué dichoso encuentro! Voy á contárselo á Julia. (*Reparando en doña Nemesia.*) ¡Ay, Dios!... ¡mi madre!

NEMESIA. ¿Eres tú, Paulina?... ¿Me buscabas acaso?

PAULINA. Sí, mamá. ¡Parece que está usted sofocada!

NEMESIA. ¡Estoy echando venablos! Sospecho que ese energúmeno que ha venido, no es el oficial que yo aguardaba.

PAULINA. ¡Ya se vé que no!... Bien segura estoy yo de ello.

NEMESIA. ¡Segura!

PAULINA. Cuando yo estaba en Madrid en el colegio, veia algunas veces á ese jóven entre los alumnos del Seminario de nobles.

NEMESIA. ¡Del Seminario de los jesuitas!... Entonces es el

jóven Daniel á quien esperábamos! — Pero aquí viene tu padre.

PAULINA. (¡Mi padre aquí ahora!... ¡y yo que tenia que hablar con Julia!)

ESCENA X.

DICHAS, DON ANSELMO.

ANSELMO. ¡Esto es vergonzoso! ¡Esto es inaudito! ¡Esto es... buenos dias, doña Nemesia!

NEMESIA. ¿Qué mala yerba acabas de pisar?

ANSELMO. Yo no he pisado nada aún; pero tengo dos basiliscos que pisotear!

NEMESIA. ¿Y á qué vienen esos aspavientos?

ANSELMO. ¿Conoces esta carta que acabo de encontrar sobre tu tocador?

NEMESIA. (La del coronel... ¡me alegro!)

ANSELMO. Déjanos solos, Paulina.

PAULINA. Voy, papá. (Si yo me atreviera... probemos). (*Hace que va á salir por el foro, y dando la vuelta entra sin ser vista en el cuarto de Julia.*)

ESCENA XI.

DOÑA NEMESIA, DON ANSELMO.

ANSELMO. ¡Es decir, señora, que conspira usted contra mí!

NEMESIA. (Me aprovecharé de su equivocacion.) Es verdad. Pero como mis designios eran laudables...

ANSELMO. ¿Es decir que confiesa usted?...

NEMESIA. ¿Y para que ocultarlo, cuando yo he sido aquí la principal engañada?

ANSELMO. ¿Cómo es eso?

NEMESIA. Porque ese oficial no corresponde á lo que de él se me ha dicho. Hace poco me he encontrado con él á solas, y ha osado... no sé si me atreveré á decírtelo...

ANSELMO. Atrévete sin temor alguno.

NEMESIA. Pues bien; ¡ha osado hacerme una declaracion!

ANSELMO. ¡A tí, mujer!... ¡Está visto que estos militares tienen unas tragaderas!... —¡Calle!... ¡pues se ha dejado su manteo sobre esta silla! (*Al levantar el manteo se encuentra debajo con la gorra de cuartel.*) ¡Qué es lo que descubro!... ¡su gorra de cuartel!

NEMESIA. Véamos. (*Cogiéndola.*) (¿Qué significa todo esto?)

ANSELMO. Estoy convencido, y si me encuentro con él... pero no; mejor será que no me encuentre: tú te encargas de ponerle á la puerta. (*Dirigiéndose al foro.*)

NEMESIA. (¡Es muy singular lo que pasa!) (*Vánse.*)

ESCENA XII.

JULIA, *de mujer*, DANIEL.

JULIA. (*A la puerta del Gabinete y figurando que habla con Paulina, que está dentro.*) Aguarda un instante: ya podrás escurrirte mientras yo hablo con él. (*Se adelanta al proscenio.*) ¡Calle!... ¡no está!—¿Y qué le habrá pasado al bueno de mi tio, que daba tales voces? (*Yendo hácia el foro.*)

DANIEL. No he podido dar con don Anselmo. (*Entrando por el foro, por el lado opuesto al que tomaron don Anselmo y su mujer.*)

JULIA. ¡Adios, amigo!

DANIEL. ¡Otra mujer!... ¿Quién es usted? ¿Qué busca aquí?

JULIA. ¡Cuánta pregunta! Mírame usted bien, caballero.

DANIEL. ¡Calle! ¡el jóven militar!... Perdone usted si le he tomado por una persona del otro sexo. ¿Por qué ha adoptado usted ese disfraz?

JULIA. Está usted en un error, señor mio; este es mi traje propio. El verdadero disfraz es el que llevaba esta mañana.

DANIEL. ¡Era una mujer!... ¡y mi mano ha tocado la suya! y mis brazos. . y mi...

JULIA. Dígnese usted atenderme... Soy una desventurada, sin más esperanza que el auxilio de usted.

DANIEL. ¡Aparta, ser anfibio!

JULIA. ¡Qué va á ser de mí, Dios mio!... ¡y qué pensará mi padre de mi ausencia?

DANIEL. Sus ojos se bañan de lágrimas!... (*Ap. mirándola.*) Serénese usted.

JULIA. ¡Ay, no puedo más... yo desfallezco!... (*Dejándose caer en los brazos de Daniel.*)

DANIEL. ¡Una mujer en mis brazos!... ¡Era la única prueba que me faltaba!... Señorita, vuelva usted en sí: accedo á los deseos de usted.

JULIA. ¿Con que me acompañará usted? (*Soltándose de improviso.*)

DANIEL. Lo he prometido!

ESCENA XIII.

DICHOS, PAULINA.

PAULINA. (*Saliendo del gabinete con precaucion.*) Ya es preciso escapar: mamá estará con cuidado.

JULIA. Cuento con la palabra de usted.

DANIEL. La aguardaré hácia la puerta exterior del jardin.

PAULINA. (*Al llegar de puntillas á la puerta del foro se esconde en un estante.*) ¡Cielos! ¡mi padre!

DANIEL. ¡Oigo pasos!... vuélvase usted; no vayamos ahora á dar un escándalo.

JULIA. ¡Gracias, gracias! Le viviré á usted eternamente agradecida. (*Entra en el gabinete.*)

ESCENA XIV.

DANIEL, PAULINA, *escondida*; DON ANSELMO.

ANSELMO. ¡Aquí está! (*Sale seguido de dos criados con escopetas*) Guardad esa puerta (*A los criados.*) y no dejeis salir á nadie. (*Se retiran los criados por el fondo.*) Señor don Félix de Mendoza! el proceder de usted es incalificable! Acabo de recibir noticias de Alcalá: ¡todo se ha descubierto! Mi sobrina Julia ha sido robada en un baile por un oficial. ¡Hable usted, jóven libertino!... ¿Qué ha hecho usted de su víctima?

DANIEL. (¡Una nueva tribulacion!)

ANSELMO. ¡Hola, hola!... ¿No quiere usted responder?... Yo hallaré el medio de desatarle á usted la lengua. Voy á dar parte al capitan general, y entre tanto pasará usted la noche aquí, bien custodiado.

DANIEL. Pero advierta usted...

ANSELMO. No escucho nada! Hasta más ver. (*Sale, cerrando con llave la puerta del foro.*)

DANIEL. ¡Pero, Señor, esta es otra torre de Babel!

ESCENA XV.

DANIEL, PAULINA.

PAULINA. ¡Dios mio! (*Sacando la cabeza.*) ¡Nos dejan encerrados bajo llave!

DANIEL. ¡Qué va á ser de mí! (*Sentándose.*) ¡Pasar la noche entera aquí, cerca de esa sensible criatura!

PAULINA. Afortunadamente Julia está allí: ¡si yo pudiera entrar en su cuarto!

DANIEL. ¡Oh inspiracion!... ¡ya me he salvado! (*Va á la puerta del gabinete, la cierra y saca la llave.*)

PAULINA. ¿Qué idea será la suya?

DANIEL. La llavé por la ventana... y así quedo al abrigo de toda seduccion. (*Atraviesa la escena y arroja la llave por la ventana.*)

PAULINA. ¿Qué es lo que hace usted? (*Presentándose.*) ¡Por Dios!....

(Música.) (1)

DANIEL. ¡Otra mujer!
¡válgame el cielo!
Mas ¿por dónde penetró?...
¡Pero qué miro!...
¡esas facciones!...
¿si estaré soñando yo?

PAULINA. (¿Qué dice?)

DANIEL. Sí, no hay duda; ¡es ella! ¡es ella! (*Saca el retrato y lo mira.*)

PAULINA. (¡Oh, Dios!
Tambien acaso en mí
—¡temiéndolo ya estoy!—
cual yo en él reparé,
tambien él reparó!)

DANIEL. ¡Te reconozco! (*Contemplándola dulcemente.*)
tú eres el ángel
guardador de mi virtud!

PAULINA. (¡Ay, qué atrevido! (*Candorosamente.*)
¡qué descarado!...
si está hablándome de tú!)

DANIEL. Cándida vírgen!
blanca paloma!
dulce consuelo
de este mortal!
Toma mi alma,
mi vida toma;
contigo al cielo
quiero volar!

PAULINA. (¡Qué bien se esplica!
¡cuánta dulzura!
no me da miedo
un hombre así.

(1) Los versos de este duo son del autor de la música.

Ya, sin reparo,
se me figura
que oirle puedo...
¡Le debo oir! (*Resuelta.*)

—

DANIEL. ¿Quién te ha dado humana forma? (*Acercándose á Paulina: ésta se desvía un poco.*)
¿qulén tu sér así animó?
Deja, deja que extasiado
yo contemple tu candor!

PAULINA. (¡No comprendo lo que dice!
pero el eco de su voz
obra tal efecto en mí,
que le escucho sin temor.)

DANIEL. Si venir en mi socorro
te ha mandado el mismo Dios,
ya no temo, ya no temo
de Satán la tentacion.

PAULINA. Todo eso estará bien dicho;
pero aquí sola con vos
yo no debo continuar.

DANIEL. ¡No me dejes, por favor!

PAULINA. Es preciso: ya mis padres
me andarán buscando.

DANIEL. ¡Oh, Dios!

PAULINA. ¿Qué os ha dado?

DANIEL. ¡Tienes padres!...
¡Tienes padres!...

PAULINA. ¿Por qué no? (*Con extrañeza.*)
y tan gordos y tan guapos!

DANIEL. ¿Luego eres?...

PAULINA. Paulina soy;
la hija de don Anselmo.

DANIEL. ¡Todo ha sido nna ilusion!...
Vete! vete!

PAULINA. ¿Pero cómo?
¿Cómo salgo ahora yo?

DANIEL. ¡Era una simple mujer!...
¡no ha sido una aparicion!

PAULINA. Llamaré por la ventana. (*Dirigiéndose á ella.*)

DANIEL. No; no llames, por favor!
No te separes de mí! (*Yendo á detenerla.*)
Consagrado á tí yo estoy
hace largo tiempo.

PAULINA. ¿Cómo?

DANIEL. Mira; sobre el corazon (*Enseñándola el retrato.*)

llevo siempre aquesta imágen.

PAULINA. ¡Qué veo!

DANIEL. La tuya... Oh!
gracias á ella yo he podido
vencer toda tentacion;
pero contra tus encantos
qué podrá?—¡Piedad, oh Dios!

—

Deja, deja que á tus plantas (*A Paulina.*)
hoy te ofrezca amor y vida;
logre el alma, á tí rendida,
de tu lábio algun favor.
Tú eres solo mi esperanza!
es mi anhelo el ser tu esposo!
mi existencia, mi reposo
penden solo de este amor.

PAULINA. ¿Vos mi esposo?... ¡Santo cielo!
yo no sé lo que me pasa!
pero siento que me abrasa
sofocándome, el rubor.
(No es posible que mi prima
se haya visto en igual trance;
¡quién tuviera en este lance
su osadía, su valor!

(*Hablado.*)

DANIEL. ¡Tú eres mi único bien; tú eres mi esposa! (*Arrodillándose.*)

PAULINA. ¡No oye usted?... andan en la cerradura. Si nos encuentran solos!... ¿Dónde me esconderé?

DANIEL. (*Levantándose.*) Aquí, sobre este sofá... no haga usted movimiento.

(*Paulina se recuesta al lado del canapé y él la tapa con el manteo.*)

ESCENA XVI.

DICHOS, DON ANSELMO.

ANSELMO. Mi querido Daniel; mi excelente Daniel: ¡cuán culpable debo aparecer ante sus ojos!... Don Félix de Mendoza, el verdadero raptor, acaba de llegar con el padre de Julia. Yo debo á usted una reparacion, y quiero que sea pública. Tenga usted la bondad de seguirme á la sala.

DANIEL. Con el mayor gusto. (Así podrá ella escaparse.)

ANSELMO. Vamos allá. ¿Pero y vuestro manteo de estudiante?
DANIEL. No hace falta. (Vaya un apuro!)
ANSELMO. Si tal: vaá ser lo más gracioso. Yo que tomaba esto como prueba del crimen! (*Yendo á tomar el manteo.*) Esto, que es, como si digéramos, el manto de la sabiduría... (*Descubriendo á Paulina.*) ¡Mi hija!...
PAULINA. ¡Mi padre!... (*Echándose á sus piés.*)

ESCENA XVII.

DICHOS, DOÑA NEMESIA.

NEMESIA. Paulina! (*Desde la puerta.*) ¿Dónde está Paulina, que no se la encuentra en ninguna parte?
ANSELMO. ¡Libertino!... tú no has venido aquí más que para seducir á mi hija!
NEMESIA. ¿Qué es lo que escucho?
DANIEL. Pero, don Anselmo de mis pecados, si ha sido usted mismo el que nos ha encerrado en esta pieza!
PAULINA. Papá... Julia estaba en el gabinete inmediato...
ANSELMO. ¡Julia!... ¿Mi sobrina?... Vamos, yo no sé dónde me hallo.
NEMESIA. Que salga aquí Julia inmediatamente.
PAULINA. Es difícil, porque la ha encerrado este caballero.
ANSELMO. Hoy está encerrado aquí todo el mundo.
PAULINA. Y despues ha arrojado la llave por esa ventana.
ANSELMO. Calla! (*Sacando una llave del bolsillo.*) pues es la llave que me ha levantado un chichon, cuando yo atravesaba el jardin. (*Yendo hácia el cuarto de Julia*)
DANIEL. El cielo es testigo de la rectitud de mis intenciones.
ANSELMO. Salga usted aquí, buena pieza. (*Abriendo la puerta del gabinete.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS *y* JULIA.

JULIA. ¡Mi tio!... ¡Ah, señor!... yo... sí...
ANSELMO. Vamos, serénate; pronto vas á abrazar á tu padre y á tu esposo, que nos aguardan allá dentro. (*Dirigiéndose á Daniel.*) Por lo que hace á usted, despues de lo que ha pasado...
DANIEL. Despues de lo que ha pasado, señor don Anselmo, renuncio á mis antiguos propósitos. Quiero dar gusto á mi padre, y seré el más dichoso de los mortales si me concede usted la mano de Paulina.

ANSELMO. ¿Estás tú conforme?
PAULINA. Yo, papá, despues de lo que ha pasado...
ANSELMO. Mujer, ¿qué te parece á tí de esto?
NEMESIA. Ya sabes que soy acérrima partidaria del matrimonio.
ANSELMO. Pues entonces, hijos mios, os doy mi consentimiento y mi bendicion.
JULIA. Sí; pero ahora nos hace falta otra cosa.
ANSELMO. Concedido.
JULIA. Eso es lo que usted no sabe: ahora lo veremos.

(*Música.*) El público tan solo
tiene en sus manos
lo que ahora más que nada
necesitamos.
Nos hace falta...
poca cosa, señores,
¡una palmada!

FIN.

BOULTON
M.
17482